

LAS FRONTERAS ENTRE ORIENTALES Y OCCIDENTALES. EN MEMORIA DE DON FRANCISCO AGUIRRE

ANTONIO LINAGE CONDE
Universidad de San Pablo, CEU. Madrid

En las iglesias cristianas antiguas¹ podemos ante todo distinguir la latina² y las orientales³. Dentro de éstas últimas hay que diferenciar a su vez las integrantes de la llamada ortodoxia⁴, y las demás. En estas páginas pretendemos echar una ojeada «fronteriza»⁵ al panorama de ese conjunto de fieles y sus jerarquías, con instituciones, ritos⁶ y lenguas litúrgicas diversas. Siendo por supuesto este panorama actual una herencia de la historia⁷. Pero vamos a prescindir de ésta como explicativa del nacimiento de esas distintas iglesias, es decir de los orígenes⁸. Nuestro argumento va a consistir en las fronteras entre las tales iglesias ya configuradas por sus respectivas tradiciones⁹.

¹ Excluimos por lo tanto las reformadas y las supervivencias de las herejías medievales.

² Que no se identifica con la católica. Pues el catolicismo reconoce en su seno los ritos orientales y su disciplina particular. Lo que en la práctica ocurre es que la mayoría de los fieles orientales no admiten la autoridad del Papa, y en consecuencia no pertenecen a la Iglesia Católica. Esa diferencia entre ellos da lugar a una duplicidad en cada iglesia oriental. La única iglesia oriental de obediencia pontificia total es la maronita.

³ La mayoría del contenido del volumen misceláneo *Las iglesias orientales* (coord. A. González Montes; Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2000) no responde a su título, sino que se dedica a exponer las preocupaciones particulares romanas sobre sus recientes relaciones con los orientales; una burda presunción del alcance de otras relaciones, puede verse en J. FONTCUBERTA: *Karelia. Milagros & CoC* (Fundación Telefónica, 2002), sobre el monasterio de Valhämonde, en Finlandia, cerca de la frontera rusa, que en el siglo XIX había tenido contactos con la teosofía de María Helena Blavatsky y en el XX con Krish-

La manifestación primera y más acusada que tipifica a cada una de esas iglesias es la liturgia y su lengua. De ahí que corrientemente se tengan por sinónimos iglesias orientales y ritos orientales, lo cual puede aceptarse, siempre que no nos induzca a reducir erróneamente la diferencia entre unas y otras a esa dimensión ceremonial, pues no hay que perder de vista la dogmática y la canónica¹⁰. Ahora bien, teniendo cuidado de no incurrir en el defecto contrario, el de minimizar lo ritual teniéndolo por un mero apéndice. Un buen conocedor del tema ha escrito¹¹ efectivamente que «los orientales sienten instintivamente y exteriorizan cuando viene al caso con toda cla-

namureti). Por eso no podemos recomendarlo a los interesados en el Oriente religioso. Pueden verse A. SANTOS: *Iglesias de Oriente* (Santander, 1963); R. JANIN: *Les Églises séparées d'Orient* (París, 1929); A. FORTESCUE: *The Orthodox Eastern Church* (3.ª ed., Londres, 1920); L. JAMES: *Dictionary of the Eastern Church* (Londres, 1920); S. ZANKOW: *Das orthodoxe Christentum des Ostens* (1928); otras referencias, D. ATWATER: *The Christian Churches of the East* (2 tomos, 1948-1961); A. S. ATIYA: *A History of Eastern Christianity* (1968), y B. SPULER: *Die morgenländischen Kirchen* (1968); R. G. ROBERSON: *The Eastern Christian Churches. A Brief Survey* (5.ª ed., Roma; 1995), y VITTORIO PERI: *Da Oriente e da Occidente. Le chiese cristiane dall'Impero all'Europa moderna, a cura di Mirella Ferrari* («Medioevo e Umanesimo», 107; Antenore, Roma-Padua, 2002).

⁴ Denominación justificada únicamente por el uso. En efecto, ortodoxia significa conformidad con la fe, estar en el camino recto. Sin embargo, los católicos se han acostumbrado a llamar ortodoxos a esos orientales, a pesar de sentirse ellos en posesión de la única ortodoxia de la verdad. En cambio, los demás orientales no están conformes con el monopolio de ese nombre por los que nosotros convenimos en llamar ortodoxos (éstos son los que reconocen la doctrina de los concilios de Calcedonia y Éfeso sobre la manera de unirse en Cristo la humanidad y la divinidad y su repercusión en la maternidad de María); concretamente las iglesias anticalcedonianas se llaman a sí mismas ortodoxas orientales, rechazando los nombres de monofisitas o jacobitas. Los antiefesianos tampoco aceptan ser llamados nestorianos.

⁵ Entre el rito latino y la liturgia posterior en Occidente, tras la extinción de aquél en la segunda mitad del siglo XX, las fronteras serían más profundas y difíciles por lo tanto de establecer. El cambio no ha sido estudiado ni es apenas conocido, sustituida la historiografía por los ditirambos. Véase el testimonio del trapense Maur COCHERIL: «Lettre au Père Anselme», en las *Mélanges à la mémoire du père Anselme Dimier* (ed. B. Chauvin; Pupillin, 1987) 1, 275-86. Me consta que un religioso musicólogo, en una discusión con el cardenal Benelli, le conminó con sacar a la luz la historia de la reforma litúrgica, ello posible por tener a buen recaudo el archivo de monseñor Higinio Anglés, Presidente que fue del Pontificio Instituto de Música Sacra.

⁶ En la iglesia occidental se hablaba a veces de ritos que no pasaban de variantes romanas. Así el dominicano (el papa dominico san Pío V, al fijar la misa tridentina añadió el último evangelio, antes particularidad dominica y uno de los detalles más significativos de la misa romana luego) y el pomposamente llamado hierosolimitano por los carmelitas, incluso el cartujano (con algunas postraciones y de influencias lyonesas). Como no vamos a tratar de los orígenes no diremos nada del hispano, mal llamado mozárabe, ni de las liturgias galicanas y célticas en cuanto se conocen.

⁷ Cfr., AUZÉPY, KAPLAN y MARTÍN HISARD: *La chrétienté orientale. Du début du VII^e siècle au milieu du XI^e siècle* (París, 1996).

⁸ Nos vamos a permitir un anticipo, a propósito de éstos y de las influencias. En la duodécima semana spoletina que luego citaremos con precisión, al discutirse su lección, don Claudio sugirió, al contestar al profesor Bencheneb junior: «Mi convicción es firme en cuanto a la supervivencia en España de

ridad que el rito, entendido en el sentido estrictamente litúrgico, sería una mentira hipócrita si no fuera la expresión sacra de toda una manera de vivir el cristianismo conforme a la tradición apostólica recibida en el cuadro de una Iglesia, de manera que las instituciones jurídicas, la espiritualidad y la teología son inseparables de la liturgia».

La adscripción de los fieles a su iglesia y rito viene determinada por el bautismo, lo que en la práctica vale tanto como el nacimiento. Los cambios de rito son excepcionales y no son libres. Ello quiere decir que el criterio primero y más trascendente para determinar la vinculación de cada cristiano a una jurisdicción eclesial es personal y no territorial. Algo a tener en cuenta, por más que todos los cristianos estemos habituados a la exclusividad de la división territorial en ese orden de cosas dentro de nuestra

caracteres psíquicos y vitales de los españoles anteriores a la invasión y de sus creaciones culturales. En este momento se me viene a la memoria una nueva prueba a propósito de supervivencias de esa índole. Una musicóloga francesa, becaria de la Casa Velázquez de Madrid, de origen kabila, comprobó con sorpresa las extraordinarias analogías entre los temas musicales que todavía se perpetúan en la Kabyla, en la zona no arabizada, y la música de las misas cantadas en la capilla mozárabe de Toledo según el viejo rito de los cristianos que habían guardado su fe bajo la dominación musulmana y que habían permanecido fieles a las tradiciones rituales de sus antepasados. ¿Cómo explicar analogías tan extrañas sino por la conservación, en África y en España, de formas musicales preislámicas, probablemente de origen romano, quizás pre-romano incluso?»: Ahora bien, y sin traer a colación los orígenes de las monodías latinas medievales, el canto gregoriano incluido, ¿por qué no pensar en Oriente?

⁹ No vamos a formular ningún juicio de valor comparativo entre unas y otras, ni entre lo latino y lo oriental. De esto se dice ser más luminoso y esplendente. Yo confieso que así lo sentí, cuando el canónigo Aguirre me dio a conocer aquello, pero a la postre me «quedé» con el esplendor acaso más hondo por soterrado (en el pormenor) de mi propio rito. Una muestra de hasta dónde éste podía llegar por la vía magnificente es la descripción de la misa papal en la basílica de San Pablo Extramuros de Roma, dispuesta *ad hoc*, según resulta de la crónica del monasterio benedictino a su servicio, el 29 de junio de 1867, por el centenario de los dos apóstoles (hubo competencia con San Pedro); texto en Luigi CRIPPA: *Don Bonifacio Oeslander O.S.B.* (el cronista), *padre ed educatore di monaci. Vita monastica a San Paolo di Roma nella seconda metà dell'Ottocento* (Quaderni di Benedictina, 2; Roma, 1993) 68-75. En los territorios eslavos fronterizos entre el catolicismo romano y la ortodoxia, hubo conversiones a aquél, sobre todo femeninas, atraídas por la liturgia latina, en concreto por la majestad del altar.

¹⁰ Los canonistas tienden a dar una preferencia absoluta, en cuanto a la explicación de las causas de la separación cismática entre unas y otras iglesias, a la existencia de una doble jurisdicción sobre los mismos territorios, situación que obliga a los fieles a una elección. Pero hay que reconocer que a la postre, aunque sus orígenes pudieran al principio ser sentimentales, ha tendido a identificarse con la ritual. Al fin y al cabo casi siempre la jurisdicción separada coincide con el rito. En todo caso, esa postura jurídica no debe impedir la valoración trascendente del rito para sus fieles. Otro problema es que se haya convertido en factor de separación. Pero lo que decimos no debe inducir en modo alguno a una discriminación entre los católicos (o los demás) de uno u otro rito. Cuando ha tenido lugar ha sido meramente abusiva.

¹¹ I. DALMAIS: «Signification de la diversité des rites au regard de l'unité chrétienne», *Istina* (1960, 3 [no consta en la revista el número ni otro dato alguno]) 301-18.

iglesia latina¹². Tal división territorial es esencialmente la diocesana, con un obispo al frente de cada circunscripción.

Nuestra óptica fronteriza en estas páginas nos exige buscar los linderos entre la iglesia latina y las orientales y los de éstas entre sí¹³. Pero, como veremos, en virtud de la dispersión de los fieles de las últimas, hemos de prevenirnos contra el espejismo de encontrarlas nítidamente delimitadas en la cartografía¹⁴. Ciertamente hablar de fronteras personales, al margen del territorio, es un abuso semántico. Acaso no tanto de enclaves personales dentro de las fronteras territoriales.

El problema se complica en cuanto dentro de casi todas las iglesias y ritos orientales, hay una parte de sus fieles que reconoce la autoridad suprema del Papa de Roma y le obedece¹⁵. Así las cosas, la mentalidad y las instituciones de esos fieles católicos, los llamados uniatas, son idénticas¹⁶ a las de los fieles del mismo rito no católicos¹⁷,

¹² Una reciente excepción es la erección de la prelatía personal del Opus Dei.

¹³ Los conflictos no son expresamente nuestro argumento. Véase, por ejemplo, KORNEL GADACZ: «Capucins polonais deportés en Russie et en Sibérie pour leur participation à l'insurrection de 1863», en la *Miscellanea Melchor de Pobladora* (ed. I de Villapadierna; «Bibliotheca Seraphico-Cappucina» 24; Roma, 1964) 2, 455-82.

¹⁴ Un caso entre tantos, el de la asistencia a los armenios católicos en territorios polacos, con intervención de la jurisdicción romana local, puede verse en la biografía *Aux origines de la hiérarchie latine en Russie. Mgr. Stanislas Siestrzencewicz-Bohusz, premier archevêque métropolitain de Mohilev, 1731-1826*, de André ARVALDIS BRUMANIS (Lovaina, 1968), 310-5.

¹⁵ Como también, aunque el fenómeno pase desapercibido, hay ortodoxos de rito latino. Ese parece ser el caso de la llamada Iglesia Ortodoxa Occidental Francesa, de la que vimos una iglesia en París. En cuanto a la jurisdicción superpuesta de lo oriental sobre lo romano los supuestos están más a la vista. Por ejemplo, Venecia cuenta con un metropolitano ortodoxo.

¹⁶ Salvo los detalles dogmáticos, tal que en las iglesias orientales no calcedonianas, para los católicos es ineludible el acatamiento al Concilio de Calcedonia. Claro que lo mismo ocurre para la ortodoxia con el *filioque* del credo y algún pormenor de la creencia en el purgatorio.

¹⁷ Ni siquiera hay diferencia en cuanto al celibato del clero. Los orientales, tanto los católicos como los separados de Roma, admiten la ordenación de los casados, salvo los obispos, que por eso son elegidos entre los monjes. Cuando Pío XII publicó su encíclica *Sacra virginitas*, defendiendo el celibato clerical, añadió un párrafo para sus «queridos hijos de Oriente», en posesión de otra disciplina, diciéndoles no habían de sentirse menoscabados por las leyes pontificias al celibato latino. Los casos de imposición del celibato a clérigos orientales uniatas, siempre conflictivos y efímeros, lo han sido por decisiones autoritarias y contingentes de su jerarquía, pero sin ninguna modificación permanente de su disciplina por la Santa Sede. Un caso tuvo lugar en Polonia, entre las dos guerras mundiales. La minoría católica de rito ruteno se encontraba social y políticamente en una situación de inferioridad en el nuevo país independiente. Una de las manifestaciones de la crisis resultante fue la prohibición a sus seminaristas del matrimonio por los obispos de Przemysli y Stanislavov —disintiendo el tercero, que era el metropolitano, Szepttycky—. Pasados esos territorios a la Ucrania soviética en 1945, su catolicismo pasó a la ortodoxia, no sólo por la presión del poder civil, sino coadyuvando a ello también esos conflictos internos. La unión a Roma había tenido lugar en 1595, suscrita en Brest-Litovsk. Otra de las estridencias previas fue la in-

pero sin embargo se encuentran separados jurisdiccionalmente de ellos¹⁸. La consecuencia es que las fronteras se nos duplican.

Podemos poner un ejemplo recordando la boda de los actuales reyes de España, Juan-Carlos de Borbón y Sofía de Grecia. Se celebró en Atenas. La novia era ortodoxa griega¹⁹ y el novio católico latino. Tuvieron lugar las respectivas ceremonias en la catedral ortodoxa²⁰ y en la iglesia católica latina de San Dionisio Aeropagita. En la ciudad existe también una iglesia católica oriental. Naturalmente que no había motivo alguno para acudir a la misma, pero es que además ello habría resultado en la práctica imposible, capaz de dar lugar a un motín²¹. Pues para la abrumadora mayoría ortodoxa de Grecia, al catolicismo latino hay una enemistad sorda, pero el oriental apenas se tolera, en una situación de hostilidad activa²².

Volviendo a la geografía oriental, un mapa territorial también existe en Oriente para cada rito. Pero los fieles de las iglesias orientales, no habitan de hecho territorios compactos, sino que en una buena medida se encuentran dispersos y mezclados entre sí dentro de los mismos países²³.

roducción en su liturgia de ciertos gestos latinos, con el pretexto de distinguirse de los cismáticos; cfr., E. TISSERANT: «Un prêtre progressiste victime des Soviets: Gabriel Kostelnik», en *Recueil Cardinal Eugène Tisserant*. «Ab Oriente et Occidente» 2. (ed. S. Pop y otros; Lovaina, s.a. 539-50). Es muy revelador el artículo de Gregory NAUMENKO: «Spiritual Aspects of Singing at Divine Services of the Holy Orthodox Church», *Orthodox Life*, 47 (1997,5) 17-32 (por su relación con la iconografía, de tanta relevancia en aquella piedad y más aún, sensibilidad religiosa sin más).

¹⁸ Más que cada institución; cada manifestación devocional y cada configuración vital, son susceptibles de un cotejo. Estamos pensando en un libro de muy agudos y profundos alcances, el de Yves TURIN: «Femmes et religieuses au XIX^e siècle. Le féminisme en religion» (París, 1989); cfr., F.B.: «Introduction à la spiritualité de l'Église en Orient», en el *Message de l'exarcate du patriarcat russe en Europe occidentale*, 11 (núms. 42-3; 1963), 112-32. Comparar su panorama con el del Oriente coetáneo, uniata o no, sería de lo más revelador.

¹⁹ Su pase a la iglesia católica, que dio lugar a algunos problemas y negociaciones, tuvo lugar en el mismo viaje de luna de miel, ante el arzobispo de Corfú.

²⁰ La disciplina romana de entonces no lo habría permitido sin más, pero se alegó tratarse en el país del equivalente del matrimonio civil.

²¹ *El tío Petros y la conjetura de Goldbach* es una deliciosa novela de Apóstolos Doxiadis, que su mismo autor tradujo del griego al inglés. Al protagonista, hijo de un comerciante rico, se le lleva a un colegio de jesuitas latinos... pero nada más. Cuando por su talento matemático le proponen ir a estudiar a Francia, investigan en cambio hasta encontrar a un eminente maestro ortodoxo de la materia en Berlín.

²² El sacerdote Aguirre, de quien diremos inmediatamente, tuvo problemas para obtener el visado griego en su día, por celebrar en rito bizantino. Entonces se recordó que, durante el fascismo, ante la amenaza de expulsión de Grecia de unos clérigos italianos, Mussolini había conminado con el cierre de todo el comercio griego de Adis Abeba.

²³ Un ejemplo muy llamativo es el del monasterio de Santa Catalina en el Sinaí, el más famoso de Egipto, pero no de rito copto, sino bizantino, con una pequeña parroquia inmediata.

En ellos es muy trascendente la figura del patriarca²⁴. Lo cual posibilita la adscripción jurisdiccional de los fieles de cada iglesia, mediante el reconocimiento de la autoridad del mismo sobre los suyos, aunque se superponga territorialmente a los de otros ritos en el mismo país²⁵. Para los fieles latinos no se plantea el problema, ya que la división territorial de su rito cubre prácticamente todo el mundo²⁶. Pero en cuanto a los fieles orientales de obediencia romana, la Santa Sede no les reconocía la sumisión a su propia jerarquía cuando habitaban territorios occidentales, siendo entonces corriente el nombramiento de un obispo latino residencial como ordinario de los mismos –tal en Francia, para todos los del país, el arzobispo de París.

En España, los inmigrados rumanos y rusos han supuesto en la última década una considerable presencia de orientales de rito bizantino. Pero años antes de esta novedad, la facilidad y frecuencia de las comunicaciones y el aumento no sólo del turismo sino de la población flotante, dieron pie a la construcción, por cierto con excelente gusto y dimensiones adecuadas, de una iglesia ortodoxa griega en la calle madrileña de Nicaragua. Con anterioridad, los extranjeros eran muy escasos en España, y más aún los procedentes de los países habitados por los cristianos orientales.

Sin embargo, entonces mismo, el cardenal Eugène Tisserant²⁷, que dominó durante mucho tiempo el mundo oriental desde Roma, en la medida en que pontifi-

²⁴ E. EID: *La figure juridique du Patriarche* (2.ª ed., Roma; 1962); C. DAHM: *Die Kirche im Osten. Macht und Pracht der Patriarchen* (Offenburg, 1964).

²⁵ Así, hay tres patriarcas católicos de Antioquía, residentes en Beirut, para los ritos maronita, bizantino-melquita, y sirio. Los ortodoxos tienen en Antioquía un patriarca de rito bizantino. Otro está en Alejandría, pero en El Cairo vive el patriarca de la iglesia copta de Egipto –los coptos católicos tienen también su propio patriarca en Alejandría, pero le comparten con los católicos melquitas–. En esas sedes patriarcales puede haber obispos de otros ritos dependientes de su propio patriarca. La pluralidad patriarcal en Estambul se explica más fácilmente (además del «patriarca ecuménico» bizantino de Constantinopla, hay otro armenio, si bien secundario, pues todos los armenios no católicos reconocen al «catholico» supremo de Etchmiadzin; a propósito de esta palabra «catholico»: para los tales armenios es la jerarquía máxima, siéndole dependientes sus otros tres patriarcas. Pero para los demás orientales es al revés: significa el jerarca inferior sometido al patriarca), como la de Jerusalén con un patriarca ortodoxo bizantino y otro armenio, igualmente secundario, además del melquita católico –le hay también latino desde 1847–, pero estos patriarcados no orientales son meramente honoríficos; véase G. DE VRIES: «La Santa Sede ed i patriarcati catholici d'Oriente,» en *Orientalia Christiana Periodica*, 27 (1963) 313-61.

²⁶ Recordamos el caso de la antigua Unión Soviética, investido a veces el capellán de la embajada norteamericana del oficio de administrador apostólico, con sede en la iglesia de San Luis de los Franceses.

²⁷ Su inesperada destitución, al final del pontificado de Pío XII, por motivos que no llegaron a aclararse, amedrentó a los orientales de Roma. Inmediatamente después, la algarabía conciliar, y la pérdida de dignidad en la Iglesia determinante de la publicidad de los enfrentamientos internos, dio lugar a algunas críticas abiertas del purpurado, con motivo de la privación del derecho a votar en el cónclave a los cardenales octogenarios. El prelado hispanista Jobit, refiriéndose a la situación anterior, me dijo en Orihuela que el Vaticano temblaba cuando Tisserant discutía con el Papa.

ciamente podía hacerse, ofreció a un clérigo español la consagración episcopal para investirle de la jurisdicción ordinaria sobre las gentes de esos ritos en su país. Prefiriendo la prudencia a la vanidad e incluso a posibles recovecos donde cultivar la ambición, el canónico lectoral de la catedral de Oviedo, un gijonés, Francisco Aguirre Cuervo, declinó la oferta, alegando esa decisiva circunstancia de la insignificancia numérica²⁸.

Yo conocí al curioso personaje²⁹ algo después, en los últimos años de Pío XII. Fue en una conferencia que dio en el salón parroquial de la Concepción de Madrid³⁰. El tema era la iglesia griega sin más. De golpe, su verbo cálido y sus informaciones densas me abrieron a ese mundo del que yo hasta entonces sólo tenía noticias vagas, escasas e inexactas. Ello se fue completando y enriqueciendo a lo largo de una amistad con él prolongada hasta su muerte, ya retirado en su ciudad natal, unos quince años después.

²⁸ A propósito de ello, parece que la sustitución de la iglesia oriental por la latina en el enclave bizantino del sureste peninsular, cuando volvió a ser incorporado a la monarquía visigoda de Toledo, fue violenta, marchándose sus obispos con el consiguiente reemplazamiento por los del otro rito; véase F. SALVADOR VENTURA: *Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad* (Granada, 1990; cfr., L. A. GARCÍA MORENO: «The Creation of Byzantium's Spanish Province. Causes and Propaganda», en *Byzantium*, 66, 1996), 101-19). La intervención de don Claudio Sánchez-Albornoz en la semana altomedieval de Spoleto que hace ya cuarenta años trató de *L'Occidente e l'Islam nell'alto medioevo* (XII.^a, 1964; las actas fueron publicadas allí el año siguiente cual sigue siendo habitual, siendo nuestra referencia de las páginas 377-8) es ya historia de la erudición, lo que no quiere decir no siga vigente en buena parte, sin que aquí vayamos a precisar los detalles. Por eso recogemos esta su respuesta en el coloquio correspondiente al profesor Cerulli: «Me han interesado mucho sus noticias sobre la presencia de monjes orientales en la Córdoba del siglo IX, pero no me han sorprendido. Por dos razones: porque la cristiandad hispana había sido desde su inicio una hijuela de la cristiandad oriental, a través de África naturalmente, y porque no se rompieron jamás los vínculos entre ellas. Por Almería no sólo entraron en España los protoiberos y los iberos de las tres culturas de El Garcel, Los Millares y El Argar, sino los siete varones apóstólicos, los siete discípulos de los apóstoles que iniciaron la cristianización de los peninsulares. Y nunca se había roto el contacto con los núcleos cristianos de Oriente. Lo que sabemos del arte hispano-godo y de la historia eclesiástica hispano-goda lo acredita. Remito a los estudios de Schlunk por lo que hace a aquél. Son muy conocidas las relaciones de las iglesias metropolitanas de Sevilla y de Mérida con Bizancio durante el siglo VI: San Leandro vivió años en Constantinopla y consta la llegada a la antigua Emérita Augusta de diversos clérigos orientales, algunos de los cuales acabaron ocupando su cátedra archiepiscopal. Lo atestiguan las *Vitae patrum Emeritensium*. Al quedar incorporada España al mundo islámico, era natural que quedaran vivas las viejas vinculaciones entre las dos cristiandades».

²⁹ En el contexto del desconocimiento de aquel mundo oriental, la curiosidad hacia él ya era de por sí una singularidad, lo cual explica la indole atrayente de quienes la sintieron. Recordamos, por ejemplo, a Carlo Gallian, cónsul general de Turquía en Roma por lo menos de 1875 a 1907, quien dedicó tanto tiempo a su oficio como a informar al Papa de la situación de las iglesias orientales y los medios más adecuados para conseguir la unión (haciendo hincapié en la culpa de los latinos, por ejemplo los franciscanos y capuchinos). Él era de una familia griega originaria de Turín, y católico de rito latino. Nacido en Estambul, estudió en Atenas (siendo el primer extranjero allí doctorado en Derecho), pero siempre fue súbdito del Imperio Otomano.

³⁰ Cuyo párroco, por cierto, le ofreció una beca para el seminario uniata de Atenas.

Los Aguirre de su familia son una rama vasca trasladada a Asturias al llamamiento de la fábrica de armas de Trubia. En su generación, él era uno de los propietarios del Hotel Comercio de Gijón, ya desaparecido, junto al puerto³¹. Estudió en el Instituto Bíblico de Roma y, habiendo destacado mucho en el estudio del griego, se sintió allí muy atraído por el mundo eclesiástico y litúrgico oriental. Sus padres le pagaron unas vacaciones en el Líbano, y él hizo enseguida numerosas amistades entre los griegos y otros bizantinos y hasta con los demás orientales. Nuestra guerra civil le sorprendió en Grecia, pasándola allí completa. Le entusiasmaba evocar, por ejemplo, la lectura del original de San Pablo en la Acrópolis³². En la postguerra explicó griego en la universidad y Sagrada Escritura en el seminario, y fue el primer director del colegio mayor San Gregorio.

Pero deseoso de un horizonte más amplio para dar a conocer el mundo oriental en España, obtuvo dispensa de su deber residencial catedralicio³³ y se instaló en Madrid, donde usaba a diario de su indulto apostólico para celebrar en rito bizantino, alternando en él las lenguas griega, eslava y rumana. Era la única misa oriental dicha habitualmente en España. Para ella conseguía un estipendio que se le enviaba desde los Estados Unidos. Cito el dato por revelador de los pequeños recursos a que él había de acudir para subsistir al servicio de esas complacencias. Dirigió nominalmente el Centro

³¹ Dato de interés sociológico es la repercusión en él de la revolución cubana, al no hacer posible la permanencia o estancias a algunos de los indios.

³² Un ejemplo de sus andanzas eclesiásticas, nos lo cuenta él en la crónica de un viaje a Delfos. Estaba celebrando la misa en rito bizantino griego en una sala del hotel, por no haber iglesia católica en el lugar. Y entonces, «cuanto íbamos ya por la tercera antifona noté, un poco asombrado, que juntamente con el dueño del hotel y su señora y unos cuantos huéspedes. uno de ellos un carmelita, me contestaba también otra persona en un griego perfectamente pronunciado y canturreando un poco, como es costumbre que hagan los que ayudan a misa en las iglesias orientales. «-¡Vaya!- me dije. Algún entendido entre los asistentes quiere ayudar a mis acólitos». Pero cuál no sería mi sorpresa cuando, al volverme con el libro de los evangelios para la ceremonia de *la pequeña entrada*, veo que el entendido que me estaba ayudando a misa era nada menos que el párroco ortodoxo del pueblo, que estaba allí, vestido con el amplio *radson* bizantino y sosteniendo devotamente en su mano el alto bonete con que se cubren la cabeza los sacerdotes de este rito. Según me dijo después, había sabido por casualidad que en el hotel había dos sacerdotes *francos*, así llaman en Oriente a los católicos, que celebrarían la santa misa, y como él nunca había visto una misa *franca* no quería perder esta ocasión. Terminada la santa misa, di las gracias al párroco por su amabilidad en ayudarme a celebrarla. Él no hacía más que repetirme: «No hay diferencia ninguna. Dice usted la misa lo mismo que yo. *Dhen hyparkhei dhiafora*, no hay diferencia»; *Reunión 1* (1956, 4) 188-90.

³³ Y de rezar el breviario romano, aunque a veces lo hacía por devoción. En el Concilio Vaticano Primero se propuso extender a los sacerdotes orientales la obligación diaria del breviario, pero ellos alegaron la práctica imposibilidad de hacerlo, teniendo en cuenta lo larguísimo de sus rezos. Una muestra más por lo tanto del desconocimiento latino de Oriente. Recuerdo que el padre Aguirre me mostró en su biblioteca un breviario oriental en doce tomos.

de Estudios Orientales, entonces en la calle del Conde de Cartagena³⁴, siendo su biblioteca única en aquel Madrid donde ese ámbito era desconocido. Recuerdo el detalle de figurar en ella la Enciclopedia Soviética. Y se recibía el Boletín en francés, para los extranjeros, del Patriarcado de Moscú, por cierto con algunos artículos de teología sólida. Pero el desierto cultural del franquismo y la atmósfera cerrada del país repercutían incluso en esos ambientes favorecidos por el propio régimen por mor de su anti-comunismo. Por eso tales inquietudes y medios no dieron otro fruto que despertar alguna vocación orientalizante en algún clérigo joven, por ejemplo en Ávila y en Málaga. Los domingos, Aguirre cantaba la misa, casi siempre con un pequeño coro ucraniano, en la iglesia de las Salesas de la calle de San Bernardo, frente a la benedictina de Montserrat adonde él mismo, oblato benedictino, acudía algunas tardes dominicales a vísperas³⁵. En la capital colaboraban con él, el jesuita Santiago Morillo, que había vivido en el Este de la antigua Polonia, y otro antiguo jesuita fugitivo de Rumanía, Amalio Olduna. Publicaron algunos números de la revista divulgativa *Re-Unión. Ut omnes unum sint*³⁶. Otro cura ruso, Chebrikov, reunía entonces iconos para constituir un Centro de Estudios Eslavos. Habiendo concelebrado en París con los ortodoxos —su vida había sido un tanto aventurera, diciéndose que había incluso llegado a ser legionario—, fue suspendido de sus licencias por Roma. La Congregación para la Iglesia Oriental no ponía obstáculos a devolvérselas, pero sí la del Santo Oficio, cuya intervención era necesaria.

Aguirre tenía una pereza invencible para escribir. Por eso no puede ser abundosa de su bibliografía la noticia que le dedica la Enciclopedia Asturiana. Se limitó a poco más que dar a conocer algún texto breve en una serie que inició bajo el pomposo título de *Bibliotheca Byzantina-Ovetensis*. Y no atendió una oferta de la BAC para publicar en un volumen la liturgia bizantina. Su ilusión era recorrer España³⁷ dando con-

³⁴ El membrete que utilizaba, trasladado ya a los jesuitas de Claudio Coello, esquina Maldonado y ésta a Serrano, decía: «Obrá del Oriente Cristiano. Centro de Estudios Orientales. Secretariado de Propaganda Ecueménica. Oficina de Propaganda Unionista. Capilla Católica de Rito Oriental».

³⁵ Por cierto la única iglesia de Madrid donde se cantaban. Don Francisco, como decíamos, también rezaba algunas fiestas por devoción el breviario latino al que ya no estaba obligado.

³⁶ La dirigía Morillo. Entre los redactores estaban los jesuitas Ignacio Ortiz de Urbina y Mauricio Gordillo, presidente y vicepresidente del Pontificio Instituto Oriental. En el número que citamos antes, hay otro artículo de Aguirre, sobre la fecha de la pascua, y otros dos, anónimos, se titulan significativamente *Dificultades para la reducción de los cismáticos*, y *Captación de la jerarquía disidente*.

³⁷ De ahí que se le conociera en variados lugares y ambientes. El 30 de abril de 1989 me escribía el cronista de Linares, Juan Sánchez Caballero: «En cuanto al canónigo Aguirre, tuve el placer de conocerle en mi temporal contacto con el Centro de Estudios Orientales, junto con sus hermanos en el sacerdocio padres Albarracín y Olduna. A los tres les invité —hace ya... treinta años o más!— a pronunciar unos sermones en el quinario de una cofradía de semana santa linarense de la que yo era Hermano Mayor y que tenía como fin apostólico la oración y ayuda a la unión de las iglesias. Una grata y fecunda tarea para mí». Le ha citado Miguel Dalmau en su vida de Gil de Biedma, pero la referencia que hace a *Carajicomedia*, de Juan Goytisolo, le priva de credibilidad.

ferencias sobre las iglesias orientales y cantando la misa en griego, eslavo o rumano. Para ello llevaba una sencilla partitura que ensayaba previamente con los cantores improvisados que encontraba si se daba el caso. Recuerdo bien cuando me explicó los tres cánones de la misa bizantina, uno de difuntos, el ordinario de la llamada divina liturgia de san Juan Crisóstomo, y el de san Basilio o los praesantificados, muy largo, adecuado para hablar con Dios algunas veces. Y también su tristeza seca al no encontrar ninguna mención de santos en la liturgia de la iglesia episcopal.

Procuraba también establecer contacto con los pocos orientales que venían a España³⁸. Yo conocí en Grecia a uno de ellos, guía de turismo, quien me habló de las insinuaciones que él le había hecho de acercarse a la Iglesia Católica, o sea al uniatismo. Sin embargo, un tanto en broma un tanto en serio, a pesar de la tremenda fidelidad al papa que tal uniatismo implica, el padre Aguirre me decía que, por mor de la índole absorbente de lo latino, los uniatas, él mismo, eran también un poco cismáticos³⁹. A propósito de la fórmula del bautismo, la suya es en tercera persona, o sea «es bautizado el siervo de Dios», apostillando él que nuestro «yo te bautizo» simboliza la autoridad romana.

Un detalle revelador del desconocimiento de la materia acá⁴⁰, incluso dentro del ámbito clerical⁴¹, es que habiendo Aguirre convertido a un armenio, dio cuenta de

³⁸ Un antecedente de este desconocimiento: Francisco Núñez Muley, intentó convencer en vano, en 1567, a la Audiencia de Granada, de ser el árabe también lengua de cristianos, pues «vemos venir los cristianos clérigos y legos de Siria y de Egipto vestidos a la turquesca, con tocas y cafetines hasta en pies; hablan arábigo y turquesco, no saben latín ni romance, y con todo eso son cristianos»: apud HOSSAIN BOUZINEB: «El padre Lerchundi y su asimilación del árabe marroquí», en el volumen colectivo *Marruecos y el padre Lerchundi* (coord. Ramón Lourido Díaz; Madrid, 1996), 149.

³⁹ A propósito de la separación de las iglesias, hay que tener en cuenta que no siempre el norte de la unidad ha estado en las miras de los jerarcas. En este sentido es significativo, en los tiempos carolingios, el Concilio de Frankfurt del año 794, el que condenó el adopcionismo hispano. La otra cuestión que abordó fue la de las imágenes. El Concilio de Nicea, el año 787, acababa de condenar la iconoclastia. Por lo tanto una puerta abierta a la aproximación entre Roma y Constantinopla. Pero la tal suscitaba los celos de Carlomagno. El cual consiguió que, resumidos en los *Capitula Caroli*, el Concilio hiciera suyos unos llamados *Libros Carolinos*, muy antibizantinos y condenatorios de la ortodoxia del concilio citado nicénico, enviados a Roma para su aprobación por Adriano I.

⁴⁰ Y ...allá (cfr., E. TISSERANT: «Orient et Occident», *Recueil*, cit., 2, 523-37). Recuerdo que, un domingo, al fin de la misa en la desierta iglesia católica caldea de París, se me acercó otro de los poquísimos asistentes, diciéndome era un ingeniero que iba destinado al Irán, y preguntándome si esos fieles obedecían al Papa. Hay que tener en cuenta que, la fecha del cisma, el año 1054, resulta más bien un tecnicismo. Pues ya en el siglo IV los caminos mentales y geográficos de las iglesias de Oriente y Occidente eran tangentes rara vez. Las excepciones son patrimonio de los pormenores de la erudición, como Guarimpotos y la escuela hagiográfica orientalista que floreció en Nápoles en los siglos IX y X. Lo que sí es ineludible tener en cuenta es la helenización de Roma entre los años 685 y 752, de diez papas nueve griegos o sirios; uno de ellos, Zacarías, tradujo al griego los *Diálogos* de su predecesor Gregorio Magno. Véanse R. DEVRESSE: «Pour l'histoire des manuscrits du Fond Vatican Grec», en *Collectanea Vaticana*

ello a su obispo, el de Oviedo, mandándole éste que le bautizara bajo condición. Aguirre obedeció, pero teológicamente la decisión carecía de motivo, ya que nadie discute la validez del bautismo de los armenios separados. Ahora bien, el desconocimiento no debe ocultarnos la hostilidad cuando algún conocimiento se daba⁴², o sea precisamente en la frontera, ya que a ella llegaba el recelo de lo ajeno y el celo por lo propio⁴³. En sus últimos años, las mejores horas de Aguirre eran las que pasaba conversando

in honorem Anselmi M. card. Albareda (Ciudad del Vaticano, 1962) 1, 315-36, y G. CAVALLIO: «Interazione tra scrittura greca e scrittura latina a Roma tra VIII e IX secolo». *Miscellanea Codicologica F. Masai dicata* (ed. P. Cockshaw, M. C. Garand y P. Dodogne; Gante, 1979), 1, 23-9; en un contexto muy diferente: M. J. ROUËT DE JOURNEL: «Paul Ier de Russie et l'union des églises. Documents inédits», *Revue d'histoire ecclésiastique*, 44 (1959) 838-63. Un ejemplo de fundación religiosa latina con miras en el apostolado entre orientales, si bien uniatas, el de las «Piccole Operaie dei Sacri Cuori», pero tuvo lugar en Calabria; véase la biografía de la fundadora (con el arcepreste de Acri, Francisco Greco): L. SEBASTIANI: *Suor Maria-Teresa di Vincenti, 1872-1966*. Turín, 1996. Datos curiosos sobre latinos interesados en Oriente en el libro de Clade Soetens: *Le Congrès Eucharistique International de Jerusalem (1893) dans le cadre de la politique orientale de Leon XIII* (Recueil de travaux d'histoire et de philologie, 6.^a 12; Lovaina, 1977). Una de las excepciones: Eugen BERTHOLD: *P. Liberat Weiss. Ein Opfer für die Einheit der Christen* (Viena, 1984); un enclave biográfico latino: Pierre GHERMAN: *Le bienheureux Jérémie, humble disciple va-laque de saint François* (Bruselas, s.a.). Sobre la documentación vaticana oriental, Ch. KOHLER: «Lettres pontificales concernant l'histoire de la petite Arménie», en el *Florilegium de recueil de travaux d'érudition dédiés à Mr. le Marquis Melchior de Vogüé à l'occasion du quatre-vingtième anniversaire de sa naissance. 14 septembre 1909* (París, 1909), 303-28. En el seno de la aristocracia espiritual de la fe y el intelecto que fue la Congregación Benedictina de San Mauro: J. IRIGOIN: *Montfaucon et la «Palaeographia Graeca»*, y B. GAIN: «Montfaucon éditeur des Pères Grecs», en *Dom Bernard de Montfaucon. Actes du Colloque de Carcassonne, octobre 1996* («Bibliothèque Bénédictine» 4; ed. D. O. Hurel y R. Rogé; Fontenelle, 1998) 121-57 y 211-23. En cuanto al coraje del panorama de nuestro país con el pasado, casualmente acabo de corregir unas pruebas de una ponencia en un congreso hispano-francés de historia eclesíástica celebrado poco ha en Burdeos sobre intercambios monásticos a ambos lados de los Pirineos, una de cuyas notas dice: «La presencia de salterios visigóticos en el monasterio de Santa Cruz del Sinaí, ha de tener su sentido, pues los libros no viajaban por casualidad en aquellos tiempos. Recordemos, en el mismo orden de ideas, la fundación de la República de Candía por fugitivos mozárabes, y sin olvidarnos como contrapartida de las casullas *greciscas* mencionadas en los documentos peninsulares de la época».

⁴¹ Recordemos sin embargo el citado dominio bizantino sobre una parte del sureste español durante cierto tiempo de la monarquía visigoda. Podía haber quedado perpetuada su memoria en una población de rito oriental sucesora. como en Calabria y Sicilia es el caso. Pero curiosamente, al contrario, una de las obras más prestigiosas del exiliado visigodo en la corte franca, Teodulfo de Orléans, es una apología de la doctrina romana sobre la procedencia del Espíritu Santo del Padre y del Hijo, el *filioque* que rechazan los griegos. La doctrina romana coincide con la anglicana. Y a ese propósito recuerdo que en la conferencia donde conocí al padre Aguirre, contó éste que el patriarca de Constantinopla había concelebrado con el arzobispo de Canterbury, a lo cual comentaba si acaso parecía menos incompatible dicho en inglés que en latín. En cambio, en la liturgia hispana se encuentran elementos coptos, a saber anáforas alejandrinas, lectura de los dípticos entre el evangelio y la consagración, y enlace de ésta con la proclamación, cortada así del *amen*, del símbolo de la fe.

⁴² Es preciso subrayar que el recelo tenía lugar también hacia los uniatas, y naturalmente que a la inversa. Un detalle. El día 21 de marzo de 1800 fue coronado papa en Venecia Pío VII. En esa ciudad

con marineros griegos cuando algún barco suyo tocaba en el Musel. Siempre le acogían muy bien, convidándole a comer en el barco, teniendo él entonces ocasión de elogiar la característica xenofilia de los orientales. En la navidad de 1971 me escribió: «Algunas veces tengo que acompañarlos a ver el (*sic*) médico o a la Telefónica para pedirles una conferencia con su patria. Hablamos de religión y varias veces he confesado y dado la comunión a alguno. Otras me han pedido que les bendiga el barco según el ritual griego. El día de la Asunción de la Santísima Virgen había aquí dos barcos y a petición de ellos tuvimos una misa en una capilla del puerto. Salió bastante bien, pues había cuatro marinos que sabían cantar por haber sido cantores en su parroquia. Como ves, querido Antonio, aquí se puede hacer algo de apostolado por la unión de los cristianos». Primero en el mismo Hotel Comercio de su familia, y luego en casa de una hermana, en la calle del Marqués de San Esteban, el canónigo Aguirre se pasaba encerrado muchas horas del día con un capítulo cotidiano del Antiguo Testamento en hebreo y otro de los Evangelios en griego, además de los clásicos griegos.

había una iglesia griega católica, San Giorgio de' Greci. Ignoramos las razones por las cuales los responsables de ésta estimaron era más conforme a su tradición no asociarse al volteo general de las campanas de todos los demás templos. Aunque al fin transigieron. Sabemos la noticia por un cronista anónimo que, al referirse a esa feligresía dice *suposi catolici: Diario Conclave di Venezia* (ed. Ludovico Maschietto; *Quaderni di «Benedictina»* 6, Roma, 2000) 50. En el monasterio benedictino de San Giorgio il Maggiore de Venecia había tenido lugar el largo cónclave del que salió elegido ese pontífice también benedictino. Y entre los primeros episodios de su pontificado allí mismo uno por cierto nos vuelve a uno de los ámbitos eclesiásticos ya tratados en esta densa tradición erudita alcalaína. La elección había tenido lugar el 14 de marzo. Y el 1 de abril, Su Santidad recibía con una imponente solemnidad rubricada por un intercambio de regalos principesco a una canonesa secular, Sor María Antonia, hermana del emperador de Austria, Francisco II, y abadesa de Praga (*ibid.*, 50 y 61). A cual más distinta la situación, menos de siglo y medio después, en las entreguerras del novecientos, en un campo de concentración de las islas Solovki, en el Océano Glacial Ártico, donde los sacerdotes recluidos, los domingos alternaban la misa latina y la bizantina eslava de los uniatas; nos consta por el testimonio de un obispo clandestino letón, *Témoín de Dieu chez les sans Dieu. Journal de prison de Mgr. Soloskans* («Témoins», AED; Mareil-Marly, 1986) 84.

⁴³ Un botón de muestra, demostrativo de lo presupuesto de tal mentalidad para los concedores de la situación. El benedictino Lambert Beaudoin, ocupado de la unión de las iglesias, como el cardenal Mercier, escribía a éste a propósito de un detalle de sus proyectos, desde Roma, el 2 de febrero de 1925: «Si Su Eminencia estima el procedimiento que propone más leal y más directo, por lo menos creo que dom Justiniano no sería el mejor *right man*. En efecto, es un canonista latino, tan competente como exclusivamente latino y antioriental, como todos los húngaros, que están en los confines del latinismo». El húngaro en cuestión era el futuro primado, Séredi, benedictino también, uno de los autores del primer *Codex Iuris Canonici* (apud. R. AUBERT: «Les conversations de Malines. Le cardinal Mercier et le Saint-Siège», en el *Bulletin de la Classe des lettres et des sciences morales et politiques [de l'] Académie Royale Belge*, 5.^a 63 (1967)87-159 (reimp. en el volumen *Le cardinal Mercier (1851-1926). Un prélat d'avant-garde. Publications du professeur Roger Aubert rassemblées à l'occasion de son 80 anniversaire* (ed. J.-P. Hendricks, J. Pirotte y L. Courtois; Lovaina, 1994) pág. 450.

Decía no cansarle nunca Homero. Dos de sus cartas coincidieron con los turnos de la *Odissea* y el *Prometeo encadenado* de Esquilo⁴⁴.

En sus días madrileños, el Centro Asturiano estaba suntuosamente instalado en el Palacio Gaviria, de la calle del Arenal. Uno de sus pequeños espacios recoletos había sido convertido en capilla de la Virgen de Covadonga. Aguirre rezaba allí a menudo en voz alta el rosario, añadiendo una antífona mariana en griego. Cuando ca-saba a alguien en rito latino, se servía del bizantino para la bendición de los anillos. Su paisano de Llanes, Félix Rodríguez Mediero, me ha contado de la larguísima bendición de ese ritual que usó para inaugurarle los nuevos locales de una gestoría. La fiesta de San Espiridón, a mediados de diciembre, la solía pasar en el pueblo corso de Carghèse, donde existía una parroquia bizantina, descendiente de la de unos inmigrados huidos de Creta en el siglo XVII, con un obispo y tres sacerdotes, conservando todavía el griego como lengua materna los de la generación mayor, anterior al rigor de la escolarización centralista francesa. Una influencia con el ministro Arburúa permitió a Aguirre hacer un viaje por América del Sur, donde estableció contacto con orientales de varios ritos, sin que algunos le pudieran decir si eran uniatas o no. En París recuerdo que el rector de la iglesia siríaca me dijo haberle buscado alguna vez nuestro hombre servicio doméstico en España. Eran otros tiempos.

Los sacerdotes de los ritos orientales tienen el privilegio llamado de altar portátil, en virtud del cual pueden celebrar en cualquier sitio decoroso. Aguirre no le usaba. Y sólo con algún escrúpulo acudió alguna vez a la televisión para hacer la demostración de sus ceremonias. Sin embargo me contó que en un viaje por el Mediterráneo, en el que había varios religiosos, era el único clérigo secular, no pudiendo celebrar en el mar, por carecer del indulto apostólico requerido, que en cambio dichos regulares tenían, no los de la llamada en el argot eclesiástico «orden de San Pedro». La solución estuvo en que el obispo de Gibraltar, que era otro pasajero, le nombrase capellán suyo.

⁴⁴ El 14 de septiembre de 1970 me respondía así a una pregunta, siendo ello significativo de su erudición en esos ámbitos: «A tu pregunta sobre el culto actual de los santos Cosme y Damián en Oriente es muy poco lo que puedo decirte. Su devoción es muy popular y los fieles acuden a ellos en sus enfermedades. Son conocidos con el nombre de *Santos Anargiros, hagioi anargiroi*. En todas las misas el sacerdote los invoca al preparar en la patena el pan eucarístico que ha de ser consagrado, poniendo una partícula en su honor diciendo *ton agion kai taumaturgon anargiron Kosma xai Damianu, kiru kai loaynu, pantelemonos kai panton ton agion anargiron*. Esto es: En honor y memoria de los santos taumaturgos Kosmas y Damián, Ciro y Juan, Pantaleón y Hermólao y todos los santos anargiros. Es muy frecuente encontrar el icono de estos dos santos expuesto a la veneración de los fieles en las iglesias, y los fieles y devotos encienden ante él velas. Su fiesta litúrgica se celebra el día 1 de noviembre según el almanaque bizantino y tiene oficio propio. En él se repiten varias veces estos dos cánticos: *Santos anargiros y taumaturgos, visitad nuestras enfermedades gratis; gratis lo habéis recibido, dadnoslo gratis. Vosotros, que recibisteis la gracia de las curaciones, conceded la salud a los que se encuentran en necesidad, gloriosos médicos taumaturgos, y con vuestra visita aplacad la audacia de los enemkgos curando el mundo con vuestros milagros*. También son invocados en el oficio de la unción de los enfermos».

Su cultura eclesiástica, y una fluidez en la palabra, acaso más vibrante y generosa por faltarle la literaria escrita, le hacían a uno aprender de una manera viviente a cada retazo de su trato⁴⁵. Su ilustre paisano Víctor García de la Concha me dijo una vez que se trataba de un tipo humano con una conversación como ya no quedan. Mientras que la familia Uría y Sabino Fernández del Campo me recordaron el noble porte romano de su indumentaria eclesiástica en los días ovetenses. Le he recordado al ver *La pasión de Cristo*, de Mel Gibson. Aguirre me comentó una vez sus dudas en torno a las lenguas que Cristo, como hombre, podía hablar además del arameo materno. Dudaba en cuanto al latín. El cineasta lo da por resuelto afirmativamente. Diré también algo de los críticos. Un profesor de letras tildaba a Aguirre de un tanto fantasioso, frente a la seriedad de Morillo. Yo traigo a colación el reproche de Unamuno a los eruditos españoles de carecer de imaginación⁴⁶. Un canónigo de Sevilla entonces, luego de Toledo, censuró que nuestro personaje se hubiese buscado un pretexto para ir de acá para allá, en vez de limitarse al cumplimiento de deber en su destino. Tengamos en cuenta que este destino en su caso era la apacibilidad burguesa en la buena sociedad, mientras el otro implicaba una vida muy estrecha y ajena a la órbita del poder y la moda⁴⁷.

⁴⁵ El 13 de junio de 1989 me escribía el archivero diocesano de Oviedo Agustín Hevia Vallina: «Probablemente pocas personas tuvieron con él tal sincronía de afanes, tamaño coincidencia de querer y aficiones, como este humilde servidor. Seguidor suyo en esta diócesis en los estudios de Lenguas Bíblicas –Facultad Bíblica Trilingüe en la Pontificia Salmantina–, como también en la docencia del Seminario, amante cual él lo fue del mundo de Grecia, que para mí se traduce en visión deleitosa de sus restos clásicos, en apasionado cariño a su mundo de bizantinismo y de Padres de la Iglesia Griega, con una vivencia jugosa de la lengua que desde el griego de Homero llega al presente de un griego moderno, en que, como don Francisco, también he querido sumergirme, y de sus liturgias majestuosas».

⁴⁶ Dicho profesor –a mí unido magistral y entrañablemente y que me merece el respeto máximo– se había dedicado al latín litúrgico. Y en el primer paso para la abolición de éste en la Iglesia, criticó que siguiese siendo obligatorio decir en latín el prefacio. No creo necesario añadir comentario alguno. En el prólogo a un opúsculo, de Francis Acharya, sobre un reciente monasterio benedictino en la India, *Kursumala ashram. Chronique de douze années* (Blois, 1972), a propósito de su rito, el siro-malankar, escribe dom Jean Leclercq: «Los himnos y las oraciones son de una gran densidad doctrinal; una poesía enteramente bíblica; un cristianismo muy marcado por la *metanoia*, pero también verdaderamente glorioso, pascual; una gesticulación armoniosa y variada: manos levantadas, signos de cruz, inclinaciones profundas, saludos a los iconos, beso al evangelionario, bendiciones que se dan apretando el reverso de la mano sobre la frente del que las recibe, incensaciones vigorosas y frecuentes, los sacerdotes agitando las manos o un velo blanco por encima de los *misterios*, dos diáconos haciendo vibrar los *flabelli* de plata adornados con campanillas y recordando la participación angélica en los santos misterios». Dom Leclercq fue un partidario hasta la intransigencia del cambio de la liturgia latina, una de cuyas características fue la simplificación, o sea la supresión de algunos de los gestos que elogia en la oriental. En cuanto a los besos latinos yo recuerdo haber oído ridiculizarlos. Pero he llegado a elogiar la majestuosidad de las ceremonias budistas a gentes con la misma mentalidad...

⁴⁷ Compañero suyo de estudios en Roma había sido el cardenal Bueno Monreal, con el que siempre mantuvo una buena amistad de lejos. Me contó haberle reprochado cariñosamente alguna vez los excesos litúrgicos de su archidiócesis hispalense, liturgia más sevillana que romana que Aguirre hi-

En la segunda mitad del siglo XIX, un jesuita austríaco dijo al cardenal benedictino Pitra, comparando sus dos familias religiosas, que una se había quedado con la prosa y otra con la poesía. Siendo ésta también necesaria en la Iglesia.

Pero volvamos a la frontera entre Oriente y Occidente. La diferencia más visible entre unas y otras iglesias es el acatamiento o la negación de la autoridad del Romano Pontífice sobre todos los pastores y los fieles. Las diferencias dogmáticas son muy escasas. Nos suenan a distinciones bizantinas. Pero incluso los teólogos están ahora acordes en que con un poco de buena voluntad se pueden reducir a maneras de expresión verbal de la misma creencia. Sin embargo, acuñadas a lo largo de una tradición secular y desarrollada sensiblemente, pueden llegar a la configuración de mentalidades peculiares⁴⁸ y celosas de su propio particularismo⁴⁹.

Son el misterio de la Trinidad y la dualidad de la divinidad y la humanidad en Cristo los ámbitos conflictivos. Los ortodoxos niegan el *filioque* de nuestro credo, que el Espíritu Santo proceda del Padre y del Hijo. Los caldeos, como nestorianos, rechazan la expresión del Concilio de Éfeso, de María como madre de Dios, prefiriendo llamarla de Cristo. Eso fue ya el año 431. Veinte años después, el monofisismo, que afirma haber en Cristo una sola naturaleza, se rebela contra el Concilio de Calcedonia⁵⁰. Es el de las iglesias siria, copta y abisinia. Los armenios rechazaron el monofisismo, pero entendieron que los términos calcedonianos no eran lo bastante terminantes frente al nestorianismo, y vinieron también a quedar separados de la ortodoxia bizantina.

A propósito de esta última, se ha observado⁵¹ que las raíces de ambas formulaciones, la suya y la romana, remontan a la crisis arriana, cuando «Occidente, seguro de las ventajas del *homousios*, que Osio de Córdoba había impuesto en Nicea, se crispa ante el peligro subordinacionista, en el mismo momento en que Oriente, casi con unanimidad se encuentra a sí mismo en un frente común antisabeliano... Incluso cuando se llegue al acuerdo, a partir del año 379, entre la definición latina del dogma trini-

petrofiaba. Claro que se refería a minucias, como el número de incensarios en la misa. He citado a ese prelado por permitir el cotejo de dos carreras eclesiásticas tan diversas partiendo de los mismos orígenes.

⁴⁸ Yo conocí en Egipto a un guía copto que se expresaba a propósito de su fe en Cristo en unos términos tales que indicaban una penetración profunda en él de la tradición monofisita, tanto que podía llegar a una visión extraña del dogma calcedoniano.

⁴⁹ Ese es el nudo gordiano para una posible investigación de las diferencias en la sensibilidad religiosa entre los uniatas y los separados de su mismo rito... si es que las hay en ese ámbito

⁵⁰ Cfr., P. GALTIER: «L'Occident et le néochalcédonisme», *Gregorianum*, 40 (1959) 54-74; puede verse el número especial, conmemorativo del milenario, (1988,2) de «Orthodoxes Forum. Zeitschrift des Instituts für Orthodoxe Theologie der Universität München»: *Das Millenium des Russischen Orthodoxen Kirche und die Bedeutung der Ostkirche*.

⁵¹ H.-I. MARROU: «La place du haut moyen âge dans l'histoire du christianisme», en *Il passaggio dall'antichità al medioevo in Occidente* (IX Semana de Spoleto, 1961; *ibid.*, 1962), 595-630 y 646-55.

tario (*una substantia, tres personae*) y la del partido neo-ortodoxo, la de los capadocios y de Melecio (*mia ousia, treis hypostaseis*), habrá más convergencia que equivalencia entre las dos fórmulas: digamos resumiendo que los latinos perciben un Objeto en tres sujetos, donde los griegos ven ante todo una sola realidad concreta y tres objetos». En cuanto al monofisismo también se ha llevado más allá en el tiempo, desde los orígenes mismos del dualismo paleocristiano entre Antioquía y Alejandría, aquélla propicia a las elucubraciones intelectuales que sólo se detienen ante el misterio más allá de la razón, ésta a una óptica alegorizante a la que costó trabajo despegarse del gnosticismo⁵². Claro está que hoy nos cuesta entender que esas aparentes minucias llegaran a ahondar abismos entre unos y otros fieles, jerarcas, países y ritos, que llegasen a constituir fronteras si así preferimos expresarnos. Pero, ¿se nos colocará fuera de la realidad si sugerimos la reflexión de que acaso también ciertas representaciones de nuestro imaginario colectivo más en voga puedan parecer carentes de sustancia desde otras ópticas? Ahora por ejemplo desdeñamos con suficiencia las apoteosis protocolarias del barroco. Pero ciertas cuestiones de precedencia en las altas esferas de quienes gobiernan el mundo no tienen nada que envidiar a aquéllas, de las que sólo se distinguen en carecer de belleza e imaginación discursiva. Concretamente, yo conocí en Egipto a un guía de turismo copto que vivía intensamente su monofisismo, paladeando el evangelio a su luz de un tono bien diferenciado.

Pero es evidente que no es en esas sutilezas intelectuales, por mucho que se las quiera dotar de vitalidad, donde radica la diferencia más honda entre la iglesia occidental y la oriental. De entrada, ésta no solamente desconoce la autoridad del papa romano, sino que, en lugar de sustituirlo sin más por otra monárquica, reviste una estructura más bien conciliar. Y prefiere la complacencia en la divinización de los fieles al recordatorio constante de la caída suya con la consiguiente redención —prueba de ello que la herejía occidental, contrapuesta a las cristológicas orientales de que hemos dicho, fue el pelagianismo—. Claro está que esta fe es idéntica. Pues ni los ortodoxos niegan el pecado y la mediación salvífica de Cristo ni los occidentales la participación en la divinidad que la visión beatífica traerá consigo. Pero va mucho de tener a la vista uno u otro panorama sensible. Los orientales no tienen apenas estigmatizados⁵³. Y apenas representan la crucifixión. Lo que no quiere decir desconozcan la índole revelada también de la Epístola paulina a los hebreos y su cristo víctima.

Y sin haberlo pretendido expresamente nos encontramos hablando de orientales *in genere*. Lo cual merece una aclaración. En efecto, los profanos hablan corrientemente en singular, de iglesia oriental y rito oriental, en contraposición a lo latino. Lo cual

⁵² J. HAJJAR: *Les chrétiens uniates du Proche-Orient* (París, 1962).

⁵³ Podemos citar la excepción de Nastia Voloshyn, en la Galitzia polaca, durante la segunda guerra mundial.

es una simplificación inexacta, ya que la realidad es plural como estamos viendo. A pesar de lo cual, el rigorismo en la expresión sería engañoso si nos hiciera pensar en una diversidad integral, queremos decir si nos ocultara lo que de común hay en toda esa gama eclesiástica de Oriente, ineludiblemente a la vez distinta en conjunto de la mentalidad latina. Ese fondo que todos los orientales comparten remonta a las raíces determinantes de sus ritos en la liturgia siro-antioquena⁵⁴.

Sin embargo, las diferencias entre unas y otras liturgias de Oriente son bastante acusadas. Así, el dominico Dalmais ha podido subrayar la riqueza escatológicamente simbólica, dramática y espontánea como la del medievo latino pero mejor custodia de la numinosidad del misterio, del rito sirio con su himnodia que llega a abrumadora, en el bizantino magnificado hasta lo verdaderamente imperial y ecuménico⁵⁵. Un esplendor ceremonial e himnico que es también patrimonio del armenio, aunque se mantenga más fiel a una cierta gravedad antigua. En tanto que el copto, es tremendamente lento y largo⁵⁶, de impronta muy monástica, compensada la parsimonia del despliegue exterior por la expresividad de los gestos⁵⁷. Y el caldeo sencillo y arcaico, «formado en medios donde seguían poderosas las influencias judías y las comunidades cristianas vivían desde muy atrás en una organización semimonástica, salidos los monjes del pequeño pueblo y en comunión íntima con él, sin la barrera separadora de los refinamientos intelectuales». En cuanto al etiópico, no puede conservar más visible y honda la huella hebrea de los orígenes.

Precisamente ésta⁵⁸, y su oscilación originaria entre lo siríaco y lo copto, hace de la iglesia abisinia una cierta frontera⁵⁹, «partícipe a la vez de Antioquía y de Alejandría: traducción de la Biblia sobre un texto griego de la recensión antioquena o lucianica, pero con la aceptación de los libros apócrifos, que ya sólo tenían curso en Egipto; liturgia de bas alejandrina, pero dando entrada a las anáforas múltiples del rito antioqueno; términos religiosos emprastados al siríaco, como *haymânôt*, fe». En cuanto

⁵⁴ Y también hierosolimitano. En efecto, a veces no resulta posible distinguir el origen de ciertos elementos entre Antioquía y Jerusalén. Ha contribuido también al panorama unitario el prestigio de Constantinopla, incluso entre los orientales que rechazaron su dogma ortodoxo y su autoridad. Y su constante referencia a los concilios de los siglos IV y V.

⁵⁵ Amplificado también en el maronita, pero arrastrando el lastre de un naturalismo mediocre, consecuencia de la formación demasiado exclusivamente latina de su clero.

⁵⁶ Son también en él mucho más extensas las lecturas escriturarias.

⁵⁷ Como las manos extendidas durante el rezo del padrenuestro, o la descalcez de los oficiantes antes de entrar en el santuario.

⁵⁸ Sin que se conozcan sus motivaciones, pues no es bastante la presencia en el país de una minoría judía, la de los falachas, observantes pre-talmúdicos.

⁵⁹ E. TISSERANT: «L'Église chrétienne d'Éthiopie», en la *Histoire générale des religions* (dir. M. Gorce y R. Mortier; París, 1945), 301-4 (reimp. en el «Recueil» cit., 2, 440-45; cfr., H. M. HYATT: *The Church of Abyssinia*; Londres, 1928).

a las huellas judías, aún se mantiene la circuncisión en el octavo día del nacimiento, el plazo de espera del bautismo de cuarenta días para los varones y ochenta para las hembras según las normas de la purificación hebrea, el reconocimiento de ciertas impurezas legales, y otros detalles más.

Ahora bien, volviendo a lo que a los orientales une y de nosotros los separa, hay que tener en cuenta que el sentido del misterio⁶⁰ acaso sea la característica más común suya⁶¹. Ellos, todos, nos acusan de rezar con fórmulas jurídicas. Sin embargo, pese a esa su esplendorosidad propicia a deslumbrar a los latinos, al menos a primera vista, la majestad del altar en el rito nuestro los impresionaba a veces profundamente, habiendo incluso llegado a producir ciertas conversiones de mujeres eslavas en tiempos modernos.

Y pasando ya a las fronteras. Una, la más tangible y visible, acabamos de decirlo, es la del catolicismo latino con las iglesias orientales⁶². Pero, por mor de la presencia del catolicismo uniata en el seno de éstas últimas, se da también una frontera interior en las mismas, entre los separados de Roma y esos uniatas obedientes al Sumo Pontífice con sede allí. Uniatas que son católicos pero no latinos. Por lo cual hay también una frontera entre esas dos especies de catolicismo. Lo cual no se queda en la mera elucubración. Pues en los países de fuerte presencia oriental, el paso al catolicismo de los no cristianos puede suscitar una competencia entre uno u otro rito, entre unas y otras misiones. Por supuesto que también hay una frontera de cada iglesia oriental con las demás⁶³. En la iglesia bizantina podríamos también hablar de fronteras lingüísticas,

⁶⁰ Un botón de muestra: recientemente, la Santa Sede ha autorizado a los caldeos uniatas a recibir los sacramentos de los separados anticalcedonianos. Ello ha provocado alarmas integristas. Por el motivo concreto de que en la misa caldea, el canon más usado, que es el llamado de los apóstoles Adia y Mari, no contiene la fórmula de la institución de la eucaristía, o sea las palabras de la consagración. Los caldeos nestorianos, que desde luego creen en la presencia real, estiman basta para conseguirla la invocación del celebrante al Espíritu Santo. Ahora bien, uno de los motivos de la omisión es que se quería preservar el secreto de la fórmula y no se imprimía por ello en los misales; véase, Martin LUGMAYR y R.K.: «Die "Anaphora von Addai und Mari" und die Dogmatik», en *Una Voce Korrespondenz*, 33 (Colonia; 2003; 1) 30-51, y cfr., G. P. BADGER: *The Syrian Liturgies of the Apostles Mar Adai and Mar Mari, of the Seventy; Mar Theodoros of Mopsuestia, and Mar Nestorius* (Occasional Paper of the Eastern Church Association, 17; Londres, 1875), además de *The Nestorians and their Rituals* (2 tomos; Londres, 1852). F. F. IRVING: *The ceremonial use of oil among the East Syrians* (*ibid.*, 4; Oxford, 1902), y W. A. WIGRAM: *Intercommunication with Assyrian Church* (Londres, 1920).

⁶¹ Por lo tanto en los antípodas de la liturgia occidental posterior al último concilio.

⁶² Véase, por ejemplo, el denso libro de Sophie OLZAMOVSKA-SLOWONSKA: *Les accords de Vienne et de Rome entre le Saint-Siège et la Russie, 1880-1882* (Miscellanea Historiae Pontificiae, 43; Universidad Gregoriana de Roma, 1977).

⁶³ Cfr., David F. ABRAMTSOV: «The Assyrians of Persia and the Russian Orthodox Church», en *One Church*, 14 (1960) 155-69, y S. G. WILSON: «Conversion of the Nestorians of Persia to the Russian Church», *Missionary Review of the World*, n.s. 12 (1899) 745-52.

ya que la liturgia no se celebra solamente en griego sino también en paleoeslavo⁶⁴, rumano o árabe. Otras fronteras son meramente canónicas, establecidas en virtud del ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, a partir de la negación de la autoridad patriarcal por las iglesias que, en atención a esa independencia, se llaman autocéfalas. Pero ahí ya nos hemos de mover en un terreno secular y político más bien, donde el espíritu nacional o al servicio de otros intereses cuenta más que el Espíritu Santo.

Y hemos de hacernos una reflexión previa. La iglesia latina se está definiendo por una lengua. La oriental por una situación geográfica. Coincidentes la una y la otra con sus orígenes y su sustrato cultural, y por supuesto en la práctica con su mapa de difusión respectivo. Pero el mensaje de ambas es universal por religioso. Por eso el catolicismo occidental no renunció nunca a incorporarse orientales de nacimiento y vecindad, o sea adscribirlos no sólo a la Iglesia de obediencia romana sino al rito latino concretamente⁶⁵. Y a la inversa, la iglesia oriental se ha difundido por los países de Occidente, y no solamente entre sus fieles a ellos inmigrados⁶⁶. Puesto que las diferencias en la visión sacra y la sensibilidad devocional trascienden tales radicaciones espaciales e incluso herencias temporales. Aunque de hecho hayan entrado a formar parte del acervo de las culturas en cuestión.

Naturalmente que uno de los capítulos más densos de esta materia, y con una cierta apertura lexica a cual más fronterizo, sería el de las penetraciones de lo occidental en Oriente y a la inversa, queremos decir el de la influencia interna, no la captación exterior. Ya hemos visto que, sin embargo, el predominio ha sido el desconocimiento, receloso en la lejanía y hostil en la proximidad. Ahora bien, la expansión occidental en los siglos postmedievales, ha tenido a veces el eco de una contaminación por lo suyo de lo ajeno incluso en esta materia religiosa y específicamente cristiana.

Hay que tener también en cuenta la radicación en Roma de la Santa Sede, y la presencia de católicos latinos eruditos en el mundo oriental en la atención a los uniatas. En ese sentido la latinización del rito maronita, obra en buena parte de los jesuitas latinos, es la evidencia más flagrante. En un plano menor, hay que recordar el Colegio Griego de San Atanasio de Roma, encomendado primero a los mismos je-

⁶⁴ En el interior de este dominio hay unas diferencias muy pequeñas para el rutenio.

⁶⁵ De ahí una tensión interna en el catolicismo entre las misiones latinas y los uniatas conviventes con ellas.

⁶⁶ En nuestros tiempos de turista en París, a la busca en el plano tan denso de la ciudad de recónditos rincones eclesiásticos, descubrimos una iglesia ortodoxa occidental francesa, San Sergio. En su propaganda a la vista se decía ser la misma iglesia de san Martín de Tours y de santa Genoveva, entre otros siervos de Dios antiguos que no recordamos. No vamos a explayarnos a propósito de esta reivindicación.

suítas y luego a los benedictinos, latinos también⁶⁷. Pensemos en el «peligro» de la introducción, desde luego inofensiva en sí y socorrida teniendo en cuenta todo el ambiente en torno, de algunas prácticas piás, como el ángelus y el rosario, el culto eucarístico fuera de la misa o la meditación. Por esos mismos motivos, la influencia inversa ha sido mucho menos frecuente e intensa. Si bien en los últimos tiempos, los postconciliares, es un síntoma la difusión de los iconos en Occidente, desde los monasterios a las galerías de arte, un tanto coincidiendo con un cierto menosprecio hacia las propias tradiciones del pasado inmediato. Pero el contexto es muy diverso y la actualidad no es nuestro tema.

Y la dimensión geográfica nos permite de entrada una aproximación a la conflictividad en que las iglesias orientales se han visto envueltas en el mundo contemporáneo⁶⁸. La cual ha repercutido incluso en sus fronteras eclesiásticas internas y con el mundo latino. En los días inmediatos a la guerra mundial última, un húngaro afincado en Madrid, Andrés Revesz, escribió un libro titulado *Los Balcanes avispero de Europa*. Los problemas fronterizos⁶⁹ y los enfrentamientos nacionales en esa Península y tierras aledañas han incidido de lleno en la vida de los cristianos de Oriente.

Lo mismo que primero en la formación y luego en la desintegración de la Unión Soviética, con distintas poblaciones eslavas de rito bizantino y una fuerte densidad uniata en Ucrania. En cuanto a los cristianos orientales súbditos de los países islámicos del Oriente Medio⁷⁰, saltan a la vista las repercusiones en su condición⁷¹ de la encrucijada.

⁶⁷ Un vivero de vocaciones de latinos por Oriente fue el Colegio Russicum de Roma, pero en estos casos se daba una seducción por lo oriental entre los afectados, con lo cual estaríamos en la situación contraria; véanse las memorias de uno de ellos, de destino trágico: W. J. CIJZEK: *L'espion» du Vatican. Vingt-trois ans (1939-1963) d'activité d'un jésuite en Union Soviétique* (Mulhouse, 1967); cfr., Suzanne-Marie DURAND: *Vladimir Ghika* [rumano, nacido en Estambul de familia de diplomáticos, muy viajero, de formación francesa, muerto preso en su país soviético], *prince et berger* (París, 1962). Al fin y al cabo, una manifestación pareja fue la fundación, en el pontificado de Pío XI, del monasterio benedictino belga de Chevetogne —con su revista *Irenikon*—, dedicado a la causa de la unión y con liturgia bizantina.

⁶⁸ Otra cuestión, al margen de la estrictamente fronteriza suya de que inmediatamente diremos, fue la de la pertenencia de la mayor parte de la ortodoxia a la Unión Soviética; cfr., P. MAILLEUX: *Entre Rome et Moscou. L'exarque Léonide Féodoroff* (Bruselas, 1966).

⁶⁹ Es muy revelador el libro de I. Dumitriu SNAGOV: *Le Saint-Siège et la Roumanie moderne, 1850-1866* (Miscellanea Historiae Pontificiae, 48; Universidad Gregoriana de Roma, 1982).

⁷⁰ Para otra situación véase el libro de Mar APREM: *The Chaldean Syrian Church in India* (Trichur, India; 1977).

⁷¹ Sobre un caso concreto tratan los libros de Gabriele YONAN: *Assyrien heute: Kultur, Sprache, Nationalbewegung der aramäisch sprechenden Christen im Nahen Osten* (Hamburgo, 1978), y *Ein vergessener Holocaust: Die Vernichtung der christlichen Assyrier in der Türkei* (Göttingen, 1989).

jada allí de los grandes poderes del mundo⁷². Pensemos en la tragedia de los maronitas del Líbano⁷³.

Una de las notas de la iglesia occidental fue la unidad de la lengua litúrgica, el latín. Con una sola excepción⁷⁴ que de alguna manera viene a ser, por su razón histórica, un enclave con algún abolengo bizantino. Se trata de la lengua eslava del sur (=yugoeslava) en alfabeto glagolítico vigente en la Croacia de rito latino. Ese alfabeto se atribuyó a san Cirilo, el evangelizador de los eslavos⁷⁵. En todo caso, es más probable se le deba que el llamado alfabeto cirílico⁷⁶, los dos derivados del griego, el cirílico de la letra uncial y el glagolítico de la cursiva. Curiosamente, ello determina que en el antiguo Ilírico romano, sustituida su población por la eslava, ni siquiera quedara el latín litúrgico⁷⁷ difundido en cambio por las siete partidas del mundo no latino. Después de la Gran Guerra, Benedicto XV, concedió ese mismo privilegio para ciertos fieles del nuevo estado checoslovaco, pero parece que no se llegó a utilizar. Esa concesión venía a salir al paso de un movimiento antiromano que tuvo lugar como consecuencia del desmembramiento y extinción del Imperio Austro-Húngaro en los nuevos países que le habían pertenecido⁷⁸. A propósito de ello, podemos hacernos algunas consideraciones en torno a las posibles relaciones entre los cismas de una iglesia

⁷² Para los tiempos inmediatamente anteriores, véase por ejemplo el libro de John JOSEPH: *The Nestorians and their Muslim Neighbors: A Study of Western Influences on their Relations* (Princeton, 1961); cfr., EDEN NABY: «The Assyrians of Iran: Reunification of a "Milar", 1906-1014», en el *International Journal of Middle East Studies*, 8 (1977) 237-49; cfr., G. D. MALECH: *History of the Syrian Nation and the Old Evangelical Apostolic Church of the East* (Minneapolis, 1910), además de la síntesis de R. S. STAFFORD: *The Tragedy of the Assyrians* (Londres, 1935), y los estudios concretos de los libros misceláneos de F. N. HEAZEL: *The woes of a distressed nation; being on account of the Assyrian people from 1914 to 1934* (Londres, 1934) y con Mrs. Margoliounth, *Kurds and Christians* (Londres, 1913).

⁷³ Baste recordar la paradoja del fomento por Israel de su inmigración.

⁷⁴ Al constituirse el Estado de Israel, Pío XII concedió el hebreo en la liturgia allí. Después del último concilio, lo que se discute es si subsiste un rito latino con variedad de lenguas o se trata de un rito o ritos distintos.

⁷⁵ Cfr., E. TRAPP: «Die sieben Slavenapostel in der liturgischen Dichtung», en las *Mélanges offerts à Baudoin de Gaiffier et François Halkin* (Bruselas, 1982; = «Analecta Bollandiana», 100) 469-83.

⁷⁶ El glagolítico se llama así por la frase *Glagola* (= él dice) muy usada en la liturgia.

⁷⁷ En cuanto a algunas de sus músicas litúrgicas tenían una acusada impronta oriental. Así las que se han hecho actualmente famosas del pueblo de Stari Grad, en la isla de Hvar. Sin embargo, hay que recordar que ciertos cantos litúrgicos latinos en determinados lugares, algunos incluso partiendo de una raíz gregoriana o monódica equivalente, se acercan mucho a los orientales. Por ejemplo en la isla de Córcega. Ya dijimos del mantenimiento en ésta, junto a la latina, de la parroquia oriental del pueblo de Carghèse. No creemos que tenga nada que ver con ese mucho más difundido orientalismo musical.

⁷⁸ Recordemos la fundación de la Iglesia Filipina Independiente, al cesar la dominación española allí. El cisma chino, tras la toma comunista del poder, en 1958, no deja de tener alguna conexión con esta tipología. También después de la Gran Guerra surgió una Iglesia Católica Nacional Yugoslava y Checa.

—si bien sólo respecto de la romana se nos ocurren— y las fronteras entre Oriente y Occidente.

El paso de los católicos latinos a la ortodoxia o las iglesias orientales separadas es un fenómeno que, como el inverso, entra dentro de los posibles cambios de mentalidad de los individuos o de los grupos, con toda una gama de hipótesis diversas en cada caso, y no nos incumbe aquí⁷⁹. Pero un supuesto específico es que coincida con una separación de la propia iglesia, de manera que sea este aspecto de negación el que preceda al elemento positivo del abrazo a la otra. Y ello ocurrió precisamente en la misma Checoslovaquia. En su territorio había católicos de rito bizantino griego, dotados que fueron de un obispado, Presov, en 1818. Después de la citada Gran Guerra, algunos de esos uniatas pasaron a la ortodoxia, instigados desde la Rutenia subcarpática, sobre todo por monjes rusos refugiados. Pero tampoco este fenómeno tenía nada de típico. En cambio si lo fue otra adscripción, en este supuesto a la ortodoxia servia, que en 1921 envió un obispo a Moravia⁸⁰, de una parte, eso sí, mínima, de la recién constituida y numerosa Iglesia Nacional Checoslovaca⁸¹. Una situación que en aquel territorio había tenido un precedente antes de su independencia, a raíz del Concilio Vaticano Primero, en 1870, cuando surgió en Austria, Baviera y Suiza el cisma de los viejos católicos. Fue entonces cuando un grupo de católicos latinos de Praga, por el mismo motivo, tomó el partido de pasar a la ortodoxia rusa, aunque hasta después de la Gran Guerra no se incorporó oficialmente al patriarcado de Constantinopla.

La expansión misionera de las iglesias es un terreno abonado para el surgimiento de fronteras entre unas y otras, aunque la desigualdad tanto de sus fuerzas como de su fervor en cada momento histórico deje a menudo en meramente teórica la hipótesis. Y ya hemos visto que esas fronteras pueden ser internas, dentro del catolicismo entre el uniata y el latino. En los tiempos zaristas, parece que las misiones rusas en el Japón sintonizaron más con el alma nipona, haciendo una competencia intensa a las católicas.

A consecuencia del formidable alcance de las misiones nestorianas en Asia, la India quedó en su área, o sea la del rito caldeo⁸², ya documentado allí en el siglo IV, llamado

⁷⁹ El cambio de rito, dentro del catolicismo, de los latinos o de los uniatas, es materia reservada a la Santa Sede.

⁸⁰ Sustituido por un arzobispo ruso, como exarcado del patriarcado de Moscú, después de la segunda guerra mundial, cuando también los uniatas que quedaban fueron declarados «oficialmente» ortodoxos, autocéfalos por concesión de Moscú en 1951.

⁸¹ El resto muy mayoritario se inclinó al racionalismo. Hay que tener además en cuenta la presencia hussita, una constante allá al fin y al cabo.

⁸² Su entronque con el apóstol santo Tomás, cuya tumba se supone en la costa oriental, Mylapore, es una tradición pía; cfr., B. VADAKKERARA: *Origin of India's St. Thomas Christians. A historiographical critique* (Delhi, 1995).

siro-malabar⁸³. Hasta la presencia de los portugueses a fines del siglo XV⁸⁴, se continuó el envío allá desde Mesopotamia de obispos del mismo. A partir de tal novedad de la expansión lusa, tuvieron lugar unos conflictos a consecuencia de los cuales se produjeron unas divisiones entre sus cristianos, con rebotes hasta el siglo XX. Fue también entonces, no antes, cuando se difundió en la India el catolicismo latino, luego tan pujante en todo el territorio de Goa. La tal alteración del *statu quo* tuvo lugar por un doble fenómeno, uno eclesiástico interno, otro relacionado con la unión del trono y el altar. Consistió el primero en la latinización del rito caldeo fomentada por los jesuitas. El segundo en la implantación del exorbitante *padroado*, patronato de la monarquía de Lisboa sobre casi toda Asia⁸⁵, que acabó llevando consigo la eliminación de la jerarquía oriental y la consiguiente dependencia de los fieles caldeos de los obispos latinos. Al principio no surgió problema alguno, pues la aceptación de la primacía romana no le implicaba para esos orientales alejados, que apenas eran conscientes del todo de la separación de su rito en el Oriente Medio de la Santa Sede⁸⁶. Planteado el enfrentamiento, al no encontrar eco en el patriarcado de su rito los caldeos indios, o sea los siro-malabares, dispuestos a romper con Roma, se dirigieron al siríaco⁸⁷. Y así surgió el rito siro-malankar. En el siglo XX tuvieron lugar dos escisiones en éste, una católica uniata⁸⁸, y otra, llamada jacobita malankar, que mantuvo la separación de Roma pero se hizo también autocéfala respecto del patriarcado sirio, lo mismo que otra anterior de la que inmediatamente diremos. En cambio, entre los malabares, el último coletazo de su malestar por la falta de un episcopado de su rito condujo a la formación de una rama ortodoxa en la segunda mitad del siglo XIX.

⁸³ Mar APREM: *The Chaldean Syrian Church in India* (Trichur, 1977).

⁸⁴ Aunque habiendo habido tentativas pontificias misioneras, a cargo de los dominicos y los franciscanos, todo a lo largo de la Edad Media, con ciertas realizaciones pero sin perdurar antes de esa fecha.

⁸⁵ Una de sus consecuencias eclesiásticas fue el llamado «cisma de Goa» hasta fechas muy tardías. Episodios anacrónicos del mismo llegaron hasta la dictadura salazarista en nuestro vecino país. El otorgamiento del capelo cardenalicio al arzobispo de Bombay en lugar de al de Goa dio origen a un malestar. Y el viaje de Pablo VI a Bombay, con motivo del Congreso Eucarístico Internacional, motivó protestas gubernamentales en Lisboa, siendo apaleados en la comisaría de Oporto algunos miembros de Acción Católica disconformes con ellas. Goa acababa de ser incorporada militarmente a la Unión India. Para suavizar la situación, en el primer caso, se otorgó a la Iglesia de Goa la Rosa de Oro; en el segundo, el Papa anunció en el Concilio entonces en curso su viaje a Fátima —«hablé de Portugal en el Concilio», se decía—, y no estuvo en Goa, ni se desplazaron de aquí a Bombay las reliquias de san Francisco Javier.

⁸⁶ Una extensión, al nivel de toda una iglesia patriarcal, de la ignorancia en que estaban de ese detalle esos inmigrados orientales en América que hace aproximadamente medio siglo visitó don Francisco Aguirre.

⁸⁷ O sea, el sirio occidental; no olvidemos que el caldeo es el sirio oriental o asirio.

⁸⁸ Obra del obispo Mar Ivanios en 1925. Ivanios había fundado una congregación religiosa llamada de la Imitación de Cristo, con rama femenina, que luego se transformó en el Kurisimala Ashram de que antes hemos dicho.

Una cierta frontera interior que ha dado lugar a sendos enclaves en tierra malabar, una en el ámbito católico y otra en el ortodoxo, es la de los sudistas o knanayas, no implicando una diferencia religiosa sino meramente jurisdiccional⁸⁹, con sendos obispos propios de adscripción personal ineludiblemente. Descienden de las familias judeocristianas que en el año 345 emigraron de Edessa a la India, teniendo por jefe espiritual un cananeo llamado Tomás de Jerusalén.

La escisión acabada de aludir entre los malankares, anterior a las dos dichas, remontaba al siglo XVIII, originada también por la tensión con el lejano patriarcado sirio. Sus fieles se agrupan en la llamada Iglesia Siria Independiente del Malabar. Y curiosamente, dieron pronto lugar a otra especie de frontera menos corriente, desde que en 1816 se dejaron penetrar por los misioneros anglicanos, dando lugar a la Iglesia Siria de Mar Thoma⁹⁰, que ha entrado en la Comunión Anglicana a costa de una cierta reforma, pero garantizado el mantenimiento de su entraña oriental. Un caso sintomático y aleccionador para el cotejo con el catolicismo⁹¹.

Mas la actuación latina entre los siro-malabares merece todavía nos detengamos un momento en ella por lo sintomático. Los portugueses los colocaron bajo la dependencia metropolitana del arzobispo de Goa, y después fueron los jesuitas y los carmelitas quienes se ocuparon de ellos bajo la disciplina romana. En 1599 tuvo lugar un sínodo en Diamper, tendente a extirpar lo que tenían de hábitos paganos y locales. Ellos habían aceptado el régimen de castas. El problema estuvo en extender esas correcciones, lo cual se hizo dentro del fervor tridentino a veces literal, al menoscabo de su rito y disciplina propios y legítimos⁹². Hay que tener en cuenta que, de buena fe, había quienes tenían los usos latinos por sencillamente apostólicos y en consecuencia de validez ecuménica, *iuxta morem universalis Ecclesiae*.

⁸⁹ De hecho, sus fieles se casan exclusivamente entre sí.

⁹⁰ Mar Thomite Church; véase, A. VINE: *The Nestorian Churches. A concise history of Nestorian christianity in Asia from the Persian schism to the modern Assyrians*, Londres, 1937) y sobre todo Mar APREM: *Western Missions among Assyrians* (Trichur, 1982), aunque el estudio más revelador es el de J. F. COAKLEY: *The Church of the East and the Church of England. A history of the Archbishop of Canterbury's Assyrian Mission* (Oxford, 1992).

⁹¹ Las diferencias teóricas entre catolicismo y anglicanismo no son en sí mayores que las que separan a Roma de Constantinopla. Pero la difusión del agnosticismo y el libre pensamiento religioso entre los fieles anglicanos que externamente no abandonaron su iglesia, determinaron una profunda diferencia de mentalidades con las católicas anteriores al Concilio. Recordemos también el alejamiento de la Iglesia Episcopal en los Estados Unidos, tan abierta al calvinismo. Y, precisamente por la mayor o menor concomitancia con lo romano, si queremos con lo ritual, aunque no expresamente, la existencia, aun sin llegar a una separación formal, de la Alta y la Baja Iglesia en la de Inglaterra.

⁹² Uno de los episodios estridentes estudiado por J. B. CHABOT: «L'autodafé des livres syriaques au Malabar», en el *Florilegium de recueil de travaux d'érudition dédiés à Mr. le Marquis Melchior de Vogüé à l'occasion de son quatre-vingtième anniversaire de sa naissance. 14 septembre 1909* (Paris, 1909) 613-24.

Un detalle revelador⁹³ es que a los sacerdotes caldeos se les permitía celebrar en rito latino fuera de su diócesis oriental, y lo decimos así en cuanto denota una concepción territorial y nada personal de la división eclesiástica. Y siendo su misa muy larga, se tradujo la latina al siríaco, para que así pudieran celebrar más fácilmente a diario. Hay que tener en cuenta que los caldeos separados lo hacen raramente. Se les impuso la obligación del rezo diario del breviario, aunque con la posibilidad de suplir el de la mañana o la tarde por treinta y tres padrenuestros, aves y gloria más otras nueve por los difuntos, una por el papa y otra por el obispo. También entró en vigor el calendario latino, y el régimen del ayuno y la abstinencia, quedando las peculiaridades y las larguísimas extensiones caldeas como facultativas. Se prohibió a los ordenados de mayores el matrimonio, lo cual coincide con la disciplina oriental común, incluso católica, que sólo permite el caso inverso, la ordenación de los casados, pero que no era la caldea tradicional. En resumidas cuentas, «los siro-malabares, después de Diamper, tenían una disciplina tan semejante a la de los latinos que apenas hubo de preocuparse de legislar especialmente para ellos⁹⁴. Ya mucho antes, cuando en 1549 san Francisco Javier conoció al obispo Mar Santiago, que sin embargo había protestado de la latinización en curso, nuestro jesuita navarro le elogió como «muy obediente a las costumbres de nuestra Santa Iglesia Romana». Mientras había fieles que llegaron a la rebelión⁹⁵ contra ciertas novedades, como la imposición del pescado los días de abstinencia, para los caldeos extensiva a todo alimento de origen animal, y del pan ázimo en la eucaristía. En tanto que el tercer concilio provincial de Goa, en 1585, había mandado traducir al siríaco los libros litúrgicos latinos⁹⁶, aunque manteniendo vigentes los caldeos retocados⁹⁷. Pero más expeditiva fue la conducta de los venecianos al adueñarse en 1489 de la isla de Chipre, la cual había mantenido el rito caldeo bajo la anterior dinastía francesa⁹⁸, y casi siempre unida a Roma. Los nuevos dueños impusieron sencillamente por la fuerza el pleno rito latino.

⁹³ Otro fue precisamente la prohibición de las expresiones declarativas e imperativas en la fórmula del bautismo.

⁹⁴ E. TISSERANT, «L'Église siro-malabar», en el *Dictionnaire de théologie catholique*, 14 (1942) coll. 3.089-3.162 (reimp. en el «Recueil Cardinal Eugène Tisserant. *Ab Oriente et Occidente*»; Travaux publiés par le Centre International de Dialectologie Orientale près l'Université Catholique de Louvain, 2; Lovaina, s.a.; 2, págs. 343-437).

⁹⁵ Concretamente la huida de algunos vecinos de Granganore a las montañas de Ghats.

⁹⁶ Modificando a la vez el rito de la misa caldea en sentido por supuesto latinizante, tanto en lo textual como en lo ceremonial. Así introdujo las genuflexiones con una sola rodilla, allí desconocidas, las tres misas de navidad, el *asperges*, y las fiestas de las Candelas, Ramos y las rogativas.

⁹⁷ Desde 1896 los oficios pontificales de los caldeos católicos son muy parecidos a los latinos, aunque precisamente el Pontifical Romano no había llegado a traducirse., de manera que las ordenaciones y la consagración de los santos óleos se hacían en latín.

⁹⁸ Si bien aceptando latinizaciones desde 1472.

En otro orden de cosas, ya hubimos de aludir a haber quedado muchos fieles orientales en el ojo del huracán del siglo XX. *Los desastres de la guerra* fue un título elegido por Goya en el anterior. Acaso habría preferido una variante, *Los desastres de la postguerra*, de haber vivido en aquél. Antes de mediar el XIX, se inició el desmembramiento del Imperio Turco, en un proceso continuado hasta el fin de la llamada Gran Guerra ya entrado el XX. Se modificaron muchas fronteras políticas, tanto que dieron lugar a estados nuevos. Se las quiso hacer coincidir con las realidades humanas, y así surgió sin detenerse ante el crimen la noción de la limpieza étnica. Tanto que dio lugar a que musulmanes y cristianos por igual, y de los últimos la mayoría de rito oriental, perdieran la tierra de sus mayores, habiendo de cambiarla por otra a la fuerza⁹⁹, no faltando los que perdieron sencillamente la existencia cuando se llegó al genocidio. Recordemos a los armenios, por poner un ejemplo tan sólo, de las entreguerras a la guerra. Tremendos desplazamientos fronterizos pues, pero que se salen un tanto de nuestro argumento inmediato, el de la frontera religiosa. Después de la segunda guerra, los nuevos regímenes comunistas alteraron ésta por la fuerza en los casos en que suprimieron las iglesias uniatas, incorporándolas a la ortodoxia, tal en Ucrania y en Rumanía. La caída de los mismos planteó los ineludibles nuevos problemas derivados.

En cuanto a las consecuencias confesionales de la alteración del mapa político¹⁰⁰, la más llamativa ha sido la constitución en iglesias autocéfalas de las feligresías orientales hasta la proclamación de sus independencias nacionales dependientes del patriarcado «ecuménico» de Constantinopla¹⁰¹. A decir verdad algo más bien jurisdiccional, pero con algunas posibles repercusiones en las tradiciones devocionales o parejas. Por eso no vamos a entrar en el tema. Únicamente a guisa de botón de muestra recordaremos un caso poco conocido, aunque quedó en grado de tentativa,

⁹⁹ Se acaba de traducir al castellano *Tierras de sangre* (Barcelona, 2002), de la novelista griega Didó Sotiríu. Trata de la expulsión, en 1922, de los griegos de Turquía y de los turcos de Grecia. Subraya cómo antes su convivencia había sido pacífica. Y nota el papel decisivo de las potencias occidentales (en concreto la abrobente influencia alemana en la Turquía anterior a la Gran Guerra) en la creación de la conflictividad. A este propósito hay que tener en cuenta cómo se ha olvidado la trascendencia del desmembramiento colonialista del Imperio Otomano en la cadena de desastres que en el Oriente Medio permiten enlazar con las últimas tragedias criminales del mundo. En cuanto al desmembramiento, desde luego distinto, del Imperio Austro-Húngaro, recordemos a su vez su entronque con las penúltimas, las surgidas al desmembrarse también la antigua Yugoslavia.

¹⁰⁰ Muchos datos en el volumen misceláneo *Eastern Christianity and Politics in the Twentieth Century* (ed. Pedro Ramet; Duke University Press, Durham y Londres; 1988).

¹⁰¹ En cambio, al desintegrarse la Unión Soviética, algunas iglesias nacionales sustituyeron su vinculación al patriarcado de Moscú por el de Constantinopla. Ése ha sido el caso de Estonia, particularmente clamoroso por ser el Patriarca moscovista mismo de origen estoniano. El dato contribuyó, de rebote, a hacer más tensas aún las relaciones entre Moscú y Roma, aunque naturalmente el Vaticano no estaba directamente implicado en el asunto.

pero por su estridencia el más revelador. Y es el proyecto de iglesia autocéfala ortodoxa turca, surgido todavía durante la guerra, en 1917, por iniciativa del gobierno de Ankara, no vamos a dilucidar si islámico o agnóstico, hasta el extremo de que en 1922 su Ministro de Justicia prohibió como traición cualquier contacto entre los cristianos ortodoxos de habla turca y el Patriarcado que, sin embargo, seguía dentro de sus fronteras. La cuestión se resolvió por mor del destierro de muchos de ellos a Grecia y a Bulgaria, entre 1923 y 1925, de manera que de unos cincuenta mil quedaron reducidos a unos dos mil, con lo cual la expresión de «Iglesia Ortodoxa Turca» se quedó en un nombre usado en las esferas oficiales civiles de vez en cuando.

Un botón de muestra de las repercusiones religiosas de tales variaciones jurisdiccionales, e indirectamente de las situaciones políticas, es el de la ortodoxia rusa en el siglo XX. En Alaska hubo misioneros rusos antes de la independencia de los Estados Unidos, y allí vivió, de 1824 a 1858, un excepcional hombre de iglesia, Inocente Veniaminov, quien recibió el episcopado, y empezó a escribir la lengua aleutiana en un alfabeto adaptado del cirílico, traduciendo a ella la Divina Liturgia y el Evangelio de San Mateo. Terminó sus días como metropolitano de Moscú¹⁰². Curiosamente, parece que se congratuló de la compra del territorio por los Estados Unidos, viendo en ello una ventaja para la expansión misionera en el nuevo e inmenso país. Así las cosas, desde su sede de Nueva York, el arzobispo Tikhon¹⁰³, llevó a cabo una densa labor de organización eclesiástica, en una parte territorial, y en otra personal, por parroquias étnicas. La situación difícil de la Iglesia en Rusia después de la revolución dio lugar a la reunión de un sínodo en Yugoslavia, concretamente en Karvici, en 1917, el cual decretó la sumisión tanto del arzobispo del Oeste de Europa como del de América, sin ser obedecido de momento y dando lugar a una escisión. Lo que apuntamos como síntoma de la complejidad de las situaciones. Pero al fin la autocefalia de la Iglesia Ortodoxa en América fue reconocida, en 1970, por el Patriarcado de Moscú, mientras que la llamada Iglesia Ortodoxa Rusa en el Exterior no reclamó dicha autocefalia, pero rompió en 1927 sus lazos con aquél. Ahora bien, esta iglesia ha venido manteniendo la misma mentalidad religiosa de los tiempos zaristas, siendo uno de los bastiones del integrismo ortodoxo, con el Monte Athos y el Patriarcado griego de Jerusalén, opuestos sobre todo al ecumenismo¹⁰⁴.

Volviendo para terminar a la frontera ritual entre Oriente y Occidente, nos parece oportuna la cita de una opinión del arzobispo latino de la Transilvania inco-

¹⁰² No había entonces patriarca.

¹⁰³ Vasili Ivanovich Belavin (1865-1925).

¹⁰⁴ Se publicó el volumen conmemorativo *Jerusalem, Holy Land, Mount Athos. Fiftieth Anniversary of the Russian Orthodox Church Outside of Russia* (Residencia del metropolitano Filareto, Eremitorio de Nuestra Señora de Kursk, 1970), bilingüe en ruso y en inglés.

rada al nuevo estado rumano, presentada en un extenso informe a la Santa Sede el año 1859¹⁰⁵: «Por consideración al rito latino, que aquí no puede ir después de ningún otro¹⁰⁶. En efecto, puesto que Transilvania está realmente separada de Hungría y de su Iglesia, como hemos dicho, y constituye un cuerpo aparte, desde el punto de vista político, nacional y confesional, midiendo el valor de sus instituciones en función de las circunstancias locales, siempre convendrá sostener esta Iglesia, que se vincula a la Sede Romana de una manera particular, tanto por su rito como por representar mejor a la Iglesia romana. Incluso si esta precedencia no se apoyara más que en un perjuicio arraigado en la mentalidad de nuestras gentes, aun así merecería consideración, a fin de que una sede episcopal de rito romano-latino no sea obligada a ceder a ninguna otra el primer puesto que antes tenía, en virtud de una decisión que desde luego iría en detrimento de la Iglesia y de la religión romana, representada entre nosotros de la manera más plena y perfecta por la iglesia latina».

Antes subrayábamos el escaso conocimiento de los cristianos orientales por sus hermanos occidentales. Cuando aquéllos han sido protagonistas de unas cuantas de las noticias trágicas que podrían definirse cual tipificadoras del siglo XX, el llamamiento humanitario tampoco se ha traducido en una aproximación religiosa. Pensemos de nuevo en el Líbano de los maronitas, en los cristianos de Palestina en estiaje continuo entre árabes y hebreos en guerra. La índole caldea de Tark Aziz, un viceprimer ministro del régimen iraquí de Sadán, se hizo popular en medio de la horripilante tragedia. En cambio el panorama de los contactos entre el catolicismo y las iglesias separadas de Oriente ha llegado a una densidad insospéchada en los días del padre Aguirre, por otra parte basada en la renuncia de principio al uniatismo. La proliferación de los viajes en avión, y no siempre en la clase tercera, nos envuelve en una nostalgia cariñosa la evocación de aquellos otros tiempos austeros en largos trayectos ferroviarios y marítimos. El desbordamiento de los medios y los contactos y la oficialidad de éstos no nos hace olvidar el entusiasmo solitario de aquel curioso asturiano cuando nos contaba, pongamos por caso, de una levísima particularidad del *sanctus* de difuntos en su catedral ovetense, o la pulcritud con que unos pocos supervivientes de una colegiata latina en un rincón de Grecia se vestían a diario de canónigos italianos para cumplir con el coro. ¡Lástima que hayamos olvidado los detalles!

¹⁰⁵ Texto completo en el libro citado de Dumitriu-Snagov, págs. 400-464.

¹⁰⁶ «Par considération du rite latin, qui ne peut ici passer après nul autre», en el original francés.